

EN ESTADO
DE MEMORIA



Publicaciones
& Fomento
Editorial

COLECCIÓN VINDICTAS

*Publicaciones
& Fomento
Editorial*

TUNUNA MERCADO

EN ESTADO
DE MEMORIA

INTRODUCCIÓN
NORA DE LA CRUZ



UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
México 2019

En estado de memoria

Primera edición: Ada Korn Editora S.A., 1990

Catalogación en la publicación UNAM. Dirección General de Bibliotecas

Nombres: Mendoza, María Luisa, autor. | Barrera, Jazmina, prologuista.

Título: De ausencia / María Luisa Mendoza ; introducción, Jazmina Barrera.

Descripción: Primera edición. | México : Universidad Nacional Autónoma de México, 2019. | Serie: Vindictas.

Identificadores: LIBRUNAM 2048528 | ISBN 978-607-30-2098-5

Clasificación: LCC PQ7297.M4614.D4 2019 | DDC 864—dc23

Primera edición colección Vindictas: 30 de agosto de 2019
D.R. © 2019 UNIVERSIDAD NACIONAL AUTÓNOMA DE MÉXICO
Ciudad Universitaria, alcaldía Coyoacán,
04510, Ciudad de México
Dirección General de Publicaciones y Fomento Editorial

ISBN: 978-607-30-2096-1 (colección)

ISBN: 978-607-30-2187-6

Esta edición y sus características son propiedad de la Universidad Nacional Autónoma de México. Prohibida la reproducción parcial o total por cualquier medio, sin autorización escrita del titular de los derechos patrimoniales. Impreso y hecho en México

HACER DE UN LIMBO UN PAÍS

*Quizá tengamos de nuevo una lámpara sobre la mesa
y un jarrón con flores y los retratos de las personas
queridas, pero ya no creemos en ninguna de estas cosas,
pues una vez tuvimos que abandonarlas de improviso
o las buscamos inútilmente entre los escombros.*

NATALIA GINZBURG, *Las pequeñas virtudes*

*El sobreviviente debe elaborar el duelo de sí mismo, el
que fue, el que ya nunca podrá volver a ser, para que
alguien, otro, portador del mismo nombre, dueño de las
mismas memorias, hable y viva en su re-presentación.*

NÉSTOR BRAUNSTEIN,

La memoria del uno y la memoria del otro

El nombre de Tununa Mercado me fue revelado como un secreto: entre los comentarios habituales sobre los autores más o menos canónicos, un profesor nos habló de “Ver”, relato inusitado en el que el deseo femenino va impregnando —la realidad, la calle, los muros, la ventana, el teléfono— hasta que la imaginación se enciende y lo incendia todo. El descubrimiento fue deslumbrante, tanto que pasé los siguientes años buscando leer algo más. Fue imposible: sus libros no aparecían en librerías ni en bibliotecas, acaso algunos fragmentos escaneados circulaban en la red. Un rastro de migas que seguí con ávida paciencia hasta que finalmente encontré un ejemplar de *En estado de memoria*. Mi asombro fue aún mayor, no solo por la obra que leía, sino porque no comprendía cómo es que una autora de esa magnitud hubiera pasado casi inadvertida en el resto del continente, a pesar de haber comenzado a escribir desde muy joven y de haber obtenido una mención en el prestigioso premio Casa de las Américas con su primer libro antes de cumplir los treinta años.

En estado de memoria es, junto con *La letra de lo mínimo*, el peculiar núcleo de una producción predominantemente narrativa y orientada a la ficción, pero enfocada en la observación minuciosa de la realidad. Publicada por primera vez en 1990, tanto el editor como la crítica la han clasificado como novela, tal vez con la intención de enmarcarla en la literatura que se produjo a raíz de la dictadura y el exilio argentino de los años setenta. Sin embargo, se trata de un texto híbrido, podríamos incluso decir que antigénico y, sobre todo, visionario para su época, pero muy actual para la nuestra, a tres décadas de su aparición.

Compuesto por dieciséis secciones y narrado en primera persona, el libro cuenta muchas historias para crear, por acumulación, una observación íntima del exilio como experiencia ontológica más que biográfica. Tununa Mercado —argentina, feminista, filóloga de formación— declara entre sus influencias imprescindibles lo mismo a poetas y narradores —Shakespeare, Dylan Thomas, Camus, Yourcenar, Vallejo y Rulfo— que a filósofos e incluso psicoanalistas —Hegel, Kant, Deleuze, Barthes, Freud y Lacan—. Esto se refleja en sus intereses temáticos, pero sobre todo en la perspectiva que adopta para acercarse a ellos: desde su perspectiva como exiliada escribe no una novela histórica o autobiográfica, sino una exploración fenomenológica de la identidad y la memoria. En su recuento no interesan las fechas, los datos ni los personajes políticos; en cambio, afina su mirada a niveles casi microscópicos, y en primer plano aparecen los amigos cercanos, los lugares familiares, las personas con las que nos encontramos en situaciones cotidianas. De todos ellos no importa tampoco el contexto, ni siquiera el retrato: lo único que permanece es un gesto, una frase, pero ese trazo mínimo se convierte en una impronta indeleble, un elemento esencial de nuestra identidad.

De estas minucias está hecho *En estado de memoria*, de manera que el resultado es una construcción fragmentaria, reiterativa, no lineal, en ocasiones incoherente (aunque solo en apariencia); no es descabellado decir que lo que consigue esta obra no es contar una historia del exilio, sino hacer de él una experiencia textual que es simultáneamente emocional y analítica, una operación creativa equiparable con el *stream of consciousness* de la

novela modernista inglesa, aunque no meramente mimética, pero igualmente sofisticada. A lo largo del libro, como en una sinfonía, o como en nuestra propia memoria, se suceden y conectan distintos *leitmotifs*: el estrecho vínculo entre el cuerpo y la mente —o, más precisamente, las emociones—; el presente como una especie de *re-enactment* infinito de recuerdos sobrepuestos y aleatorios; la poca compasión que muestran los grandes sistemas (sociales, políticos o ideológicos) ante la individualidad, entendida por ellos como anomalía; y, sobre todo, el trauma del exilio que va mucho más allá de la violencia y la precariedad: la escisión permanente en la conciencia del individuo, que no se reconoce en él mismo ni encuentra su sitio en donde está, pero tampoco en el lugar del que se ha ido.

Al alejarse de los referentes concretos, Mercado amplía su experiencia, la disecciona y así consigue universalizarla; sin necesidad de hacer señalamientos específicos, muestra la manera en la que la política se incrusta en nuestras casas, en nuestros armarios, en nuestros cuerpos, y no podemos cocer el arroz ni elegir un vestido sin la herida de la violencia cuando vivimos inmersos en sistemas opresivos. En las nimiedades de la vida reposa mucho de lo esencial: los gestos, el dolor, el deseo más auténtico; es en las nimiedades donde el individuo expresa su identidad y donde la cimienta. Todo esto es avasallado por un mundo exterior que intenta siempre imponer el orden, la practicidad y la *normalidad*. Desde la primera imagen, la autora nos plantea que la memoria es una forma de resistencia, quizá una de las pocas que nos quedan. No es casual que al inicio se nos presente a Cindal, el paciente al que psiquiatras y enfermeras ignoran por considerar su dolor trivial (nimio) —imaginario y, por ello, de cierta manera autoinflingido— y que a raíz de ello termina suicidándose. De un modo semejante, la narradora de la novela indica que la vuelta a los recuerdos de los amigos muertos, del país perdido, resulta dolorosa y le resta fluidez a la vida, pero es voluntario e incluso preferible al olvido porque “el día en que sus palabras dejan de resonar en todos los mediodías semejantes a aquel en el que junto a mí fijó sus leyes, lo habré traicionado en la memoria y, consecuentemente, me habré dejado ganar por la insignificancia” (pag. 35). El recuento del pasado y de su inserción en el presente permanente del exilio adquiere, en

la escritura de Tununa Mercado, un carácter más filosófico que sentimental; asombra su capacidad de análisis, casi fenomenológica, arraigada siempre en la observación de lo cotidiano y en imágenes tan poderosas que son casi hirientes, sin recurrir a los lugares comunes de una historia política, sino todo lo contrario. Si la tendencia historiográfica moderna es la *historia desde abajo*, Tununa lleva esto al extremo, a la *historia desde dentro*, la representación del trauma íntimo más allá de las coordenadas históricas y sociopolíticas. Este logro intelectual se convierte en arte gracias a la elegancia del estilo y a la sensibilidad de la mirada, que consigue una obra comparable con las de Clarice Lispector o Natalia Ginzburg, aunque con una intuición filosófica mucho más perceptible y sólida.

Recordar lo nimio es encontrar el sentido individual en medio de la vorágine que intenta arrebatarlo; por eso las reuniones extensas y vehementes que los exiliados celebraron durante años para discutir, desde México, la situación argentina, aunque no tuvieran efectos materiales concretos, no eran fútiles. La narradora explica: “discutir, disentir, sospechar, era el modo de hacer un país de ese limbo [...] y la misión no admitía límites temporales”. Por ello, una nueva lectura de esta novela no solo es afortunada sino necesaria, sobre todo en una época de movilidades forzadas por la guerra, la violencia y la precariedad. Nadie tiene garantizada la solidez de una casa, por el contrario, la biografía humana está hecha cada vez más de itinerancias, migraciones, mudanzas e incertidumbre. Limbos de los que hay que hacer patria.

EN ESTADO DE MEMORIA

Publicaciones
 *Fomento*
Editorial

*Publicaciones
& Fomento
Editorial*

En memoria de Mario Usabiaga

*Publicaciones
& Fomento
Editorial*

*Publicaciones
& Fomento
Editorial*

LA ENFERMEDAD

El nombre de Cindal, cuya ortografía desconozco, vuelve una y otra vez acompañando a un hombre y a una frase de ese hombre repetida sin cesar en la antesala de un consultorio psiquiátrico. ¡Dígale *que haga algo por mí, que haga algo por mí!* ¡Estoy *haciendo una úlcera, estoy haciendo una úlcera!*, clamaba, en algo más que una recurrencia. Mientras hacía su imploración yo imaginaba que en una fábrica, en algún sitio de su cuerpo, en la boca del estómago por su ademán de doblarse y de abrazar su cintura, en alguna parte de su cuerpo se abrían úlceras sin remisión ni piedad. El aullido tenía paralizada a la gente de la antesala que habíamos acudido por problemas menores si se los comparaba con la situación terminal de Cindal. La secretaria, a quien Cindal había preguntado por el médico, no sabía cómo manejar este caso fuera de todo orden, sin turnos, sin citas previas, que irrumpía sin haberse anticipado por teléfono, y que no parecía ser hombre de violencias.

Ella había desaparecido hacia el interior de la clínica y reaparecido para decir que el doctor no podía atenderlo, que estaba en sesión, y que después tenía que entrar el grupo que estaba en la sala de espera. Entonces él vino hacia nosotros y nos rogó, con voz entrecortada ya por el sufrimiento, que le dejáramos unos minutos de nuestra hora. Pero la hora era inviolable, y pese a que estuvimos de acuerdo en cederle el terreno de nuestra locura para que él explayara allí la suya, abonando tal vez con la suya la nuestra, el psiquiatra fue terminante: no iba a recibirlo.

Uno está tan desvalido en manos de los psiquiatras que no puede ni siquiera discutir lo que le imponen; se llega, incluso, en esa sumisión presuntamente transferencial, a suponer que el médico puede haber elegido una táctica terapéutica eficaz cuando decide *enderezar* a un desesperado fuera de hora. A Cindal quiso enderezarlo, hacerle ver que él no podía manejar como quisiera su locura y el tiempo de los demás y, por fin, Cindal se fue, no sin antes haber implorado lo máximo, su internación: *¡Por favor, la internación!* El psiquiatra, ya en el consultorio, no respondió a ninguna de nuestras preguntas y se

quedó en silencio; tengo entendido que con el tiempo se ha ido perfeccionando ese silencio analítico hasta ser de ultratumba para quienes buscan respuestas inmediatas a su desesperación. Cindal se ahorcó esa misma noche.

No dejo de pensar en Cindal, quién lo habrá llorado, quién lo llora todavía; salvo yo, quién se acuerda de él, doblado en dos, lastimero, haciendo su úlcera como quien hace un deber, como quien cumple una tarea escolar, en la antesala de la muerte, y traza una letra fulgurante y roja con las heridas de su úlcera, y se desangra por dentro en torrentes y termina yéndose, en ese arrastre, al otro mundo, ahogado en su propia sangre. Él, supongo, se levantaba por las mañanas o en las noches, o en el transcurso del día después de una breve siesta en la que tal vez había logrado controlar su dolor, se despertaba y se encontraba ahí nomás con la úlcera, no con una úlcera aislada sino con una úlcera en permanente comunicación con su mente, como si ella fuera una sola y misma cosa con el terror que desencadenaba o que la desencadenaba. Úlcera y terror venían juntos para Cindal en esos despertares a cualquier hora del día. Se doblaba en dos y aullaba pidiendo ayuda. A gente así, que sufre con tanta convicción —se dijo después de que Cindal se colgó de su cuerda— hay que dejarla, no se puede hacer nada; y cuando gente así busca su propia muerte y la halla, se suele pensar que encontró la paz, que suavemente se deslizó a otra cosa y que a fin de cuentas ha cesado de sufrir. A Cindal lo dejaron morir porque se pensó que eso era lo que quería y que tarde o temprano iba a encontrarlo. A Cindal, cuyo nombre me viene con regularidad a la memoria siempre acentuado en la letra í, y cuyo gesto de doblarse se me reitera en sucesivas evocaciones, se lo dejó morir porque su demanda no podía ser colmada, y porque reclamos de ese tipo no hacen más que oscurecer la vida de los demás y socavar la plenitud a la que todos tienen derecho. Nadie que viva en conformidad, lleno de proyectos y certezas, nadie que reciba constantes gratificaciones puede bajar la guardia y dejar entrar a gente como Cindal, que no apartó una cita, que no reservó ningún pasaje y que llegó tarde a la última franja de la cordura, la que podía ofrecerle un consultorio psiquiátrico.

Muchas veces el nombre de Cindal fue evocado por mí en situaciones similares a la que él había sostenido, implorante, en la antesala del psiquiatra.

Hay una gran diferencia, sin embargo, entre sus demandas y las mías. Él parecía decidido a hacerlas a voz en cuello, como si el pudor lo hubiera abandonado y ya nada pudiera ocultar su autoconmiseración. No tenía ningún control sobre sus ruegos, había descendido con sus rodillas hasta la genuflexión, se doblaba, ningún orgullo podía detener ya la conciencia de su fin. Yo, en cambio, postergo de una manera obstinada cualquier afloramiento de la angustia, en gran parte por buena educación, para no arruinarle la fiesta a nadie, escondiendo mediante artimañas altos picos de aflicción que me asaltan. Sería muy difícil ponerlos de manifiesto, decepcionar a los demás, hacerles ver que la antigua savia del poema, “la que por el verde tallo impulsaba la flor, la misma que impulsaba mis verdes años”, era en realidad una perfecta inductora de úlceras y de gastritis, y echar por tierra la tranquilidad con que me veían apacentar las horas y los días no habría servido para nada.

En términos terapéuticos estrictos, el psicoanálisis siempre me fue escatimado. Nunca, a decir verdad, pude recurrir a un tratamiento clínico individual en el que ofreciera, horizontal, los materiales de mi inconsciente; siempre, por razones económicas, tuve que estar en terapias de grupo, en las que sin mayor esfuerzo logré escamotear a los ojos de mis compañeros, y tal vez a la sagacidad del psiquiatra, mi angustia y mi vulnerabilidad; me las arreglé para disolverme en las risas o en los llantos colectivos, munida de mi buena educación y de un presunto sentido del ridículo que, por acerbo, se parece bastante a la amargura.

No tuve, entonces, un tiempo individual en el que discerniera mis conflictos de una manera especializada y específica; ningún psiquiatra se ocupó en particular de mí, dejando sin cauce la inmensa capacidad de transferir que me caracteriza y que me ha llevado a diversas formas de dependencia con médicos de toda laya, incluidos los dentistas, los ginecólogos y, sobre todo, los curanderos de la más variada especie: santeros, chamanas y “maestras” que hicieron de mí cuerpo de limpia. Con ramas de menta y albahaca, sahumerios de mirra e incienso, con ajos, lociones, tejos de coco, oráculos y otras técnicas de azar, algunos trataron de curar mis males y de salvarme

de los hechizos y en ocasiones lo consiguieron porque no debe de haber terreno más fértil para las curas que mi cuerpo y mi alma.

En 1967, siete días después de la muerte del Che Guevara, que lastimó de modo tan irremediable y fatal nuestras vidas, antes de emprender un viaje a Francia y una larga estadía, el psiquiatra de marras que me contuvo en su grupo durante tres años y expelió inmisericorde a Cindal, viendo que yo podía zozobrar en este trajeteo transatlántico, me concedió unas horas individuales en las que no pude decir una sola palabra; sola, sin las muletas del grupo, permanecí callada, no tuve nada que decir a mi analista, ningún inconsciente se manifestó, no conté ningún sueño, y él permaneció también en silencio en esas dos o tres sesiones, sin que yo haya sabido por lo tanto cuál era su evaluación de mi estado psíquico, ni si con su silencio me condenaba o me absolvía o si, finalmente, no tenía nada que decirme, pero lo cierto es que viendo que yo quizá no tendría demasiadas fuerzas para sobrevivir a los cambios que se avecinaban, me dio la dirección de una psiquiatra suiza que hablaba español y que había vivido y trabajado en la Argentina; me dijo que él iba a escribirle y yo hasta llegué a imaginar que enviaría un diagnóstico sobre mí; esta suposición de que yo podía tener una existencia como *caso* me tranquilizó: mi salud o mi enfermedad mentales cobraron un carácter singular. Y no es abusivo hablar de “enfermedad mental”, puesto que en la terapia nunca dejaba de inculcársenos que estábamos allí como enfermos mentales.

Ya en Francia, cuando advertí, en efecto, que no estaba en condiciones de sobrellevar ningún “cambio”, eufemismo con el que se suele designar a los momentos cruciales, escribí la carta prometida a la psicoanalista suiza, al día siguiente mismo de mi llegada. No esperé, apenas había sacado mis cosas y las de los míos de las valijas empecé a escribir esa carta en la que le decía que yo había sido hasta hacía muy poco la paciente del doctor Fulano de Tal, que él, por su parte, habría de escribirle a la brevedad acerca de mi caso y que yo quería verla para convenir un tratamiento. Le propuse unas sesiones quincenales y le expliqué que vivía a unos escasos cien kilómetros de Ginebra donde ella tenía su clínica y que pensaba hacer un viaje para exponerle mis padecimientos. La carta fue hecha, naturalmente, en español,

no solo porque ella dominaba esa lengua, sino también porque yo no hablaba ni una palabra en francés. Solo sabía decir un fragmento de *La náusea* de Sartre que había leído en voz alta muchas veces hasta saberlo de memoria, en unas clases de francés dos semanas antes de salir de Buenos Aires. Estuve tentada, incluso, de transcribir ese pasaje para ilustrar mi angustia, pero no lo hice: el solo hecho de dirigir la carta, de poner la mira en una meta psiquiátrica me hizo sentirme mejor. Y tanta es mi disposición terapéutica y tan consuetudinaria, que cuando la carta salió a destino, en ese instante, todas mis esperanzas se depositaron en Suiza.

El invierno empezaba cruel, muy cruel; las carreteras se cubrieron de nieve y cobré conciencia de que el famoso viaje entre Besançon y Ginebra podría estar plagado de desventuras. Me vi cruzar los bosques helados, en trenes blancos y por países blancos y tuve un adelanto de pánico que solo pudo ser paliado por las expectativas de curación; iba a atravesar los hielos, pero los hielos no iban a quebrarse bajo mis pies —no se me iba a mojar la cola, como a la zorra del *Yi Ching* en su travesía invernal— porque iba a tener un tratamiento individual, prolongado, radicalizado y psiquiátrico.

Nunca atravesé los hielos; Madame Spira, quien por su renombre sería acaso la psicoanalista de la reina Juliana, no podía “por el momento” contraer un compromiso quincenal conmigo; sus horas estaban todas tomadas. La carta que me envió no hacía mención a ningún caso enviado desde Buenos Aires, a ninguna carta que me prohiciera, ni tampoco a mi psicoanalista; decía estar a mis órdenes para más adelante y preguntaba si yo tendría a bien excusarla, quedando ella (suya) de mí. No me sorprendió la respuesta: ya me había dado cuenta de que la hazaña de pagarme un análisis en francos suizos, viajes sorteando montañas y al borde de precipicios en francos suizos, un alojamiento semanal junto al lago Léman o lejos de él en francos suizos, todo eso hacía varias semanas que me había resultado irrisorio, desproporcionado como sueño de pobre. Fracasaba una vez más mi intención de ofrecerme una cura analítica profunda, individual, a la que miles de argentinas y argentinos han tenido derecho a lo largo de estos últimos treinta años.

Me he contentado siempre con curas sucedáneas. A mi regreso a la Argentina de aquella estadía en Francia, por ejemplo, el mismo psicoanalista

que sin advertir lo desmedido de su propósito me había puesto en contacto con Madame Spira me recomendó a una colega suya, esta vez nacional, quien, de nuevo, dadas mis condiciones económicas, me puso en un grupo. Mi primer análisis grupal había sido con alucinógenos. Cada vez que he relatado esa experiencia en sus términos escuetos y medianamente veraces, la gente que me escucha pone una cara neutra que delata, más que indiferencia, la decisión de mantener distancia de una suerte de peligro de contagio en ciernes sobre sus personas; cuando digo que tomábamos ácido, xilocibina o mescalina, nombres temibles, prefieren no oír y solo me observan para ver si el daño aparece en alguna marca.

Lo cierto es que esa terapia con psicotrópicos había dejado de hacerse cuando consulté a mi nueva psicoanalista; después del golpe del 66 se cuestionó y prohibió estos tratamientos: se confundió de manera acrítica, por razones ideológicas o morales, uso psiquiátrico con dependencia, dejando sin progreso una técnica que abrevaba en la alucinación. Abandonados al efecto de un ácido habíamos volado hacia las zonas del origen, y no sin un altísimo costo en el momento, porque quien crea que esas incursiones producen felicidad, escuetamente felicidad, se equivoca: la conmoción que provocaba ese regreso a cualquier fuente, ya fuera el útero materno, bóveda de la especie, o el eco del primer llanto huérfano y de ahí en más, no es de deseársela a nadie y solo porque se nos había convencido del carácter médico de estas prácticas el grupo se entregaba a ellas y aceptaba el riesgo de perderlo o ganarlo todo en una sola sesión.

Puesto que no se podía tomar *peyotl* o *psilocybe*, sin que a nadie se le ocurriera cuestionar la ley que lo prohibía, el grupo se reunía alrededor de la psicoanalista sin ácido, expuesto solo a los efectos de su mirada de mujer-pájaro. Al salir del consultorio solíamos ir a la casa de alguno de nosotros para fumar hachís o cualquier otro tipo de sumidades floridas en una actitud típicamente sustitutiva. En una de esas ocasiones chupé con demasiada fruición el cigarro y cuando llegué a casa estaba desdoblada, quería decir *yo* y decía *ella* y rogaba que volvieran a unirme, que me restituyeran al casillero del que provenía y en el que había estado hasta ese momento con tanta despreocupación como inconsciencia; costó muchísimo volverme a

mí, o sacarme de mí, una *otra* que entreveía y a la que no podía acceder y todavía *una otra más* que no me soltaba, sin saber yo distinguir entre la otra que había que ahuyentar y la mía que debía retener.

Pese a los escasos paliativos que me ofreció el psicoanálisis, una especie de escarceo que rodeaba la profundidad, nunca dejé de encomendarme a sus manes. En pleno exilio, cuando todos los días había alguna noticia terrible de la Argentina, y muchas veces se trataba de llamadas telefónicas desde cualquier confín de la tierra, incluida la natal, en las que se nos decía que habían matado a alguien, a varios, a uno en particular que era muy próximo a nosotros, casi un pariente, o a dos o tres que habían mantenido conmigo y los míos algún tipo de vínculo, en esos momentos tan crueles que obligaban a sentarse al borde de la cama a llorar, vivir era sobrevivir. Pero uno de esos días el peso fue demasiado, un día en el que el moridero al que estábamos sometidos fue demasiado actual e inmediato, yo sentí que mi salud se desmoronaba. Los espasmos de la gastritis, que aparecieron más tarde con nitidez, eran entonces apenas un dolor difuso en la boca del estómago, una sensación tenue, similar a la que podría haber dejado un golpe accidental en un juego de niños. Las cosas pasaban sobre todo entonces en la garganta, que se obstinaba en reproducir anginas rojas, pultáceas, resistentes a cualquier antibiótico. Alquitránada, con la mucosa rígida y resbaladiza, los ganglios infartados, sin ningún cilio que vibrara al paso del aire o del sonido de la voz, pero con una profusa colonia de áureos, la garganta era el sitio en el que parecía gestarse mi propia muerte.

Tenía calambres en el cuello y una incipiente septicemia que pudo tener un desenlace definitivo; pasé por médicos, clínicas, laboratorios y me expuse a conteos; inútilmente vertí mi sangre en probetas y sometí mis líquidos a cultivos, y nada pasó, la cura pasó de largo sin verme. En mi retablo pintado yo podría haber aparecido en mi lecho de enferma, el techo del cuarto agrandado por la fiebre, la ventana dibujada en el muro con las cortinas recogidas para dejar entrar la luz del Espíritu Santo: escena de milagro, de recuperación por obra de un poder luminoso. Una leyenda podría haber rubricado aquella curación:

“Cuando ya se perdía la esperanza de mantenerla con vida, se encomendó a la Virgen, sanando por su Gracia en los días últimos de octubre del año del Señor de mil novecientos setenta y seis.” La Obra fue en realidad de homeópata unicista y la medicina caléndula a la treinta diluida en un vaso de agua con tomas espaciadas primero cada media hora, luego cada hora y, para terminar, tres veces por día.

Tuve suerte porque nadie se aventuró a decir que mi problema era psicológico y se tomó como algo natural que fuera a un médico. A otros llegados al exilio, cuando manifestaban haber perdido energía, se les decía que era normal que tuvieran esos síntomas, que el desarraigo y los tiempos vividos en la Argentina, con tantas pérdidas, terror y duelos, no podían sino haberlos deprimido. Se les aconsejaba que fueran a ver a un psicoanalista, el cual, según las prácticas del momento, debía convenir a las convicciones políticas del grupo de pertenencia. Ese analista al que se confiaban los recién llegados podía quedarse en su pura esfera y no indicar análisis de laboratorio, aferrado a su idea de la depresión; entonces, el organismo jugaba malas pasadas, la enfermedad seguía su curso, desalentando al psicoanalista y al enfermo, optando aquel por *derivar* a su paciente, desconsiderada acción cuya consecuencia era, en efecto, una deriva, de unas manos a otras, de una oreja a otra oreja, de diván a silla, con interpretaciones fluctuantes acerca de los síntomas: tomar rigidez por histeria, trastorno neurológico por regresión al seno materno, falta de retención de orina como llamado de atención del paciente, y así siguiendo.

Una se pasa toda la vida tratando de apoyarse en columnas, de adherir la pobre masa psíquica a estructuras exteriores con el objeto de dotarla de una forma; se arrima a los demás, ya sean personas, animales o cosas hasta fundirse con ellos, se hace de costumbres buscando en la repetición la manera de evitar la infelicidad. Los recursos no tienen fin y son renovables de manera cotidiana; obran a veces como conjuros, mandas ingenuas que hora a hora se van depositando en pequeños altares domésticos y por las que se espera recompensa. Si hay luna llena, por ejemplo, se cierran las ventanas para impedir la exacerbación de la locura que producen sus rayos; si el viento ulula, se cierra también la ventana para que no entren sus maleficios;